

Universidad de San Buenaventura, seccional Cali

# ABORDAJES PSICOANALÍTICOS A INQUIETUDES SOBRE LA SUBJETIVIDAD



Johnny Javier Orejuela  
Manuel Alejandro Moreno  
Marco Alexis Salcedo


—C ompi ladores —

Cuadernos de Posgrado Facultad de Psicología

2 0 1 2

## **Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad**

© Compiladores: Johnny Javier Orejuela Gómez,  
Manuel Alejandro Moreno, Marco Alexis Salcedo  
Grupo de investigación: Estéticas urbanas y socialidades  
Facultad de Psicología  
Universidad de San Buenaventura  
Colombia

 © Editorial Bonaventuriana, 2012

Universidad de San Buenaventura  
Calle 117 No. 11 A 62  
PBX: 57 (1) 5200299  
<http://servereditorial.usbcali.edu.co/editorial/>  
Bogotá – Colombia

El autor es responsable del contenido de la presente obra.  
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier  
medio, sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.  
© Derechos reservados de la Universidad de San Buenaventura.

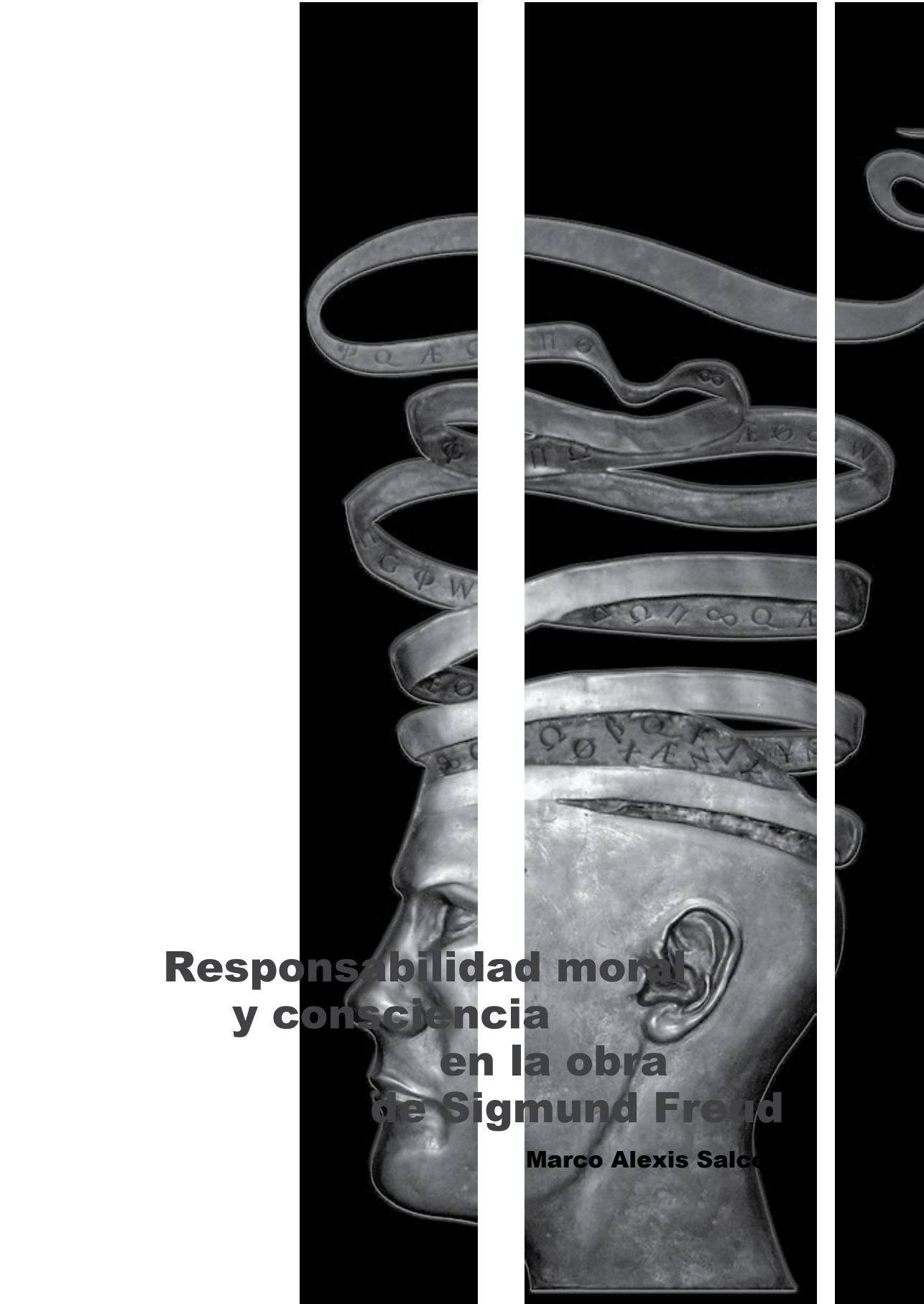
ISBN: 978-958-8436-88-3

Tiraje: 300 ejemplares.

Depósito legal: se da cumplimiento a lo estipulado en la Ley 44  
de 1993, decreto 460 de 1995 y decreto 358 de 2000.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia.

La imagen de la portada corresponde a una fotografía tomada por Johnny Orejuela en marzo de 2010 a un escultura colocada en los exteriores del Hospital Infantil Santa Catarina, ubicado en la Avenida Paulista, 200 en la ciudad de Sao Paulo. La escultura, en forma de placa, hace parte de una serie con las que se representan cada una de las especialidades médicas presentes en tal hospital; y esta corresponde al psicoanálisis, en la parte superior de la placa dice: "o que na mente se oculta não aporta só no espaço como un traço que se furta".



**Responsabilidad moral  
y consciencia  
en la obra  
de Sigmund Freud**

**Marco Alexis Salcedo**

Marco  
Alexis  
Salcedo

## **Marco Alexis Salcedo**

Psicólogo, licenciado en Filosofía, con maestría en Filosofía de la Universidad del Valle. Profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia, sede Palmira, en la Facultad de Ingeniería y Administración y Profesor de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura, Cali. Coordinador de varios proyectos de investigación sobre psicología y ciudad, financiados por la Universidad San Buenaventura, seccional Cali.

Este texto tiene de base la investigación documental realizada en 1998 y 1999 para la elaboración de un trabajo de grado, como requisito para la obtención del título de pregrado en psicología en la Universidad del Valle, Cali, Colombia.

## Resumen

En el siguiente texto se evalúa la posición teórica de Sigmund Freud en torno al problema de la responsabilidad moral del individuo en sus acciones, considerando el cuestionamiento que el padre del psicoanálisis hizo de la consciencia como instancia psíquica que determina el comportamiento. En el texto se argumenta que la mira de Freud fue siempre la escisión que divide el yo en dos (consciencia/inconsciente); por eso, en su obra nunca hubo exclusión del mundo de la consciencia, ni fue un corolario lógico de su doctrina la inimputabilidad del individuo con su praxis. Se muestra al final que, de acuerdo con Freud, el individuo es responsable moralmente de su acción, no a pesar de que es un yo escindido, sino precisamente por no ser un mítico individuo unitario.

**Palabras clave:** Freud, responsabilidad moral, sujeto escindido, psicoanálisis, consciencia, inconsciente, filosofía de la acción.

## Introducción

¿Cómo es posible la responsabilidad moral en un yo escindido? Esta pregunta remite a la siguiente problemática. Como es sabido, la historia de la filosofía moral moderna se inaugura con el supuesto de que en el interior del hombre, después de superado el periodo de infancia, se asienta plenamente el poder iluminativo de la consciencia. Con las luces proporcionadas por esta magna instancia psíquica, se estableció que el hombre tenía libre albedrío, y por tanto, podía ordenar su modo de vida de acuerdo con los deseos que lo animaban, claro está, tomando en consideración las rigurosas estipulaciones que la ley ha dictaminado. Desde esta perspectiva, quien se atrevía a traspasar el umbral fijado por la norma e infringía el orden instituido, se haría acreedor a graves sanciones sociales y jurídicas, pues se partía del supuesto de que todos los seres humanos, gracias a la razón y a la consciencia, podían evaluar los efectos de sus actos, y por consiguiente, abstenerse de quebrantar las normas de convivencia.

Ahora bien, con Freud entrará en crisis este modelo. El ser humano es planteado ahora como un ser escindido en el que la consciencia es sólo una de sus

partes. La responsabilidad del individuo, que por definición es la ligazón que se establece entre él y sus actos, deja de ser entonces una premisa obvia, exigible a todo individuo, y se constituye en algo polémico y difícil de imputar. Es decir, frente a la proposición típica en la que se inserta el término responsabilidad, “A” es responsable de “B” –por ejemplo, Juan (A) es responsable del accidente (B)–, ahora, con base en la postura psicoanalítica, estaríamos asegurando que hay un A’ y un A”, que integrados dan A. Las preguntas obvias son, entonces: ¿Quién tiene el comando de la acción? ¿A quién “responde” el hecho sucedido? ¿A’ o A”? Si fuera factible concluir que es A’, nombre de la consciencia, no habría inquietud alguna con el tema que nos interroga; pero si es A”, nominativo del inconsciente, ¿cómo responsabilizar a un individuo por sus actos y sus consecuencias, si estos fueron realizados con desconocimiento de lo que hacía?

En este último punto se pudiera evocar lo que Freud encontró en la Salpêtrière con Charcot y en Nancy con Bernheim: histéricos que realizaban acciones para las cuales las explicaciones aducidas por ellos mismos eran falsas por estar dichas acciones realmente motivadas por órdenes que en estado de hipnosis habían sido introducidas por el hipnotizador. Extendido este modelo a toda producción comportamental se seguiría de ello el siguiente enunciado:

las razones que asignan los individuos a sus actos son, desde todo punto de vista, falsas y engañosas, pues los auténticos móviles de la praxis humana corresponden a ciertas proposiciones inaccesibles a la consciencia; proposiciones que, por lo demás, resultan ineludibles, ya que señalan el camino que siempre se habrá de tomar en la vida. Dicho en otros términos, si se establece “una oposición entre inconsciente y preconsciente-consciente... ¿quién domina la vida psíquica? ¿El inconsciente?” (Galende, 1992, p. 127).

Si es el inconsciente, sin duda el yo estaría siempre procurando explicar con motivos falsos las manifestaciones comportamentales fundamentadas en otras instancias; sin importar qué ideas se haga el individuo de su actuar ni a qué medios recurra, siempre cabría suponer que las verdaderas motivaciones están más allá de lo que él pueda aducir. Así, si alguien “decide” emprender una acción, buena o mala, no se podría decir que fue fruto de la valoración que realizó sobre sus alcances, sino que obedeció por entero a los mandatos grabados en el inconsciente, a los que no cabía sino acatar, quisiéralo o no el individuo. La acción sería, por tanto, fruto de una fuerza que excede al sujeto, una especie de daimon que lo convierte por entero en un instrumento para sus fines. En una

palabra, sería un asunto comprensible en los términos de the Medea principle de Donald Davidson.

According to this doctrine, a person can act against his better judgment, but only when an alien force overwhelms his or her will. This is what happens when Medea begs her own hand not to murder her children. Her hand, or the passion of revenge, behind it, overcomes her will... And given the thesis, the term is suitable, for the will of the agent is weaker than the alien passion (Davidson, 1982, p. 295).

A partir de tales consideraciones, varios han sido los desarrollos teóricos del psicoanálisis para el estudio y comprensión de la acción humana. Ora se afirma que, en el contexto teórico y clínico del psicoanálisis, la consciencia de ninguna forma se atiende y debe dejarse que otras ciencias se ocupen de ella y de cualquier interrogación filosófica asociada con ella; ora se lleva hasta tal extremo el cuestionamiento de la consciencia que se la sitúa como fuente de engaño, al modo del genio maligno de las meditaciones de Descartes, y tilda de incorrecta e ingenua toda formulación científica o filosófica que toma en serio a “semejante embustera”. Es decir, que aun en el más feliz de los casos el destino que se le ofrece a la consciencia es el exilio. O se pretende excluirla de un contexto específico, o se aspira a desterrarla de todo campo en el que haga su aparición.

Muchos de los psicoanalistas posteriores a Freud, queriendo evitar la confusión de campos, han privilegiado la primera opción y reitera que el sujeto del psicoanálisis nada tiene que ver con el sujeto del libre albedrío que supone la ley. Así, la regla básica del análisis, la asociación libre, significará la suspensión de la actividad inhibitoria que desarrolla el yo y/o la consciencia. Al fin y al cabo, se dirá, sólo así el psicoanálisis podría abordar los fenómenos inconscientes: tomando a su cargo solamente al sujeto de dichos fenómenos. Y a la psicología y las instituciones cabe ocuparse de la consciencia y de los hechos que de ésta se derivan. En síntesis, de lo que se trata es de aclarar que cada discurso posee su sujeto particular y debe velarse por que no se traspase la frontera que delimita los dos ámbitos. Por decirlo en las palabras de Oscar Masotta:

1. “El principio de Medea”.
2. Según esta doctrina, una persona puede actuar contra su mejor juicio solamente cuando una fuerza extraña domina su voluntad. Esto es lo que sucede cuando Medea pide a su propia mano que no mate a sus hijos. Su mano, o su sed de venganza, detrás de ella, supera su voluntad... Y dada la tesis, la locución es adecuada para referir la voluntad de un agente que es más débil que una pasión extraña”. (Traducción del autor)

En las operaciones de la práctica psicoanalítica no es la consciencia lo que va a estar en juego, sino el inconsciente. El postulado ético primero donde se funda la ética en psicoanálisis es una innovación al “buen decir”. Pero decir bien, aquí, no significa sino zafar las palabras del peso de la consciencia (Masotta, 1988, p. 104).

Este precepto sería válido si a los dos discursos fuera posible –como es lo deseable– mantenerlos dentro de esos confines. Sin embargo, es de dudar que los mismos psicoanalistas quieran sostener tal separación, pues se estarían eximiendo de analizar y juzgar con base en su doctrina los hechos que acontecen en la sociedad y que van más allá de lo que sucede en sus consultorios. Por ello los dos discursos, el del sujeto legal y el del sujeto del psicoanálisis, inevitablemente convergirán; inevitablemente requerirán su mutua asistencia, y la glándula pineal de estos dos discursos es precisamente la responsabilidad moral. Curiosamente, después de señalar Masotta lo anterior y al considerarse como falso el supuesto de que la consciencia ha podido fijar un motivo válido para la acción, concluye que “durante la famosa escena del lago (en el caso Dora)... no (es) la mano de Dora la que propina [la cachetada], sino a través de esa mano la estructura inconsciente en que la histérica está apresada” (Masotta, 1988, p. 91). Siguiendo tal perspectiva, en el análisis que realiza de una situación que no aconteció en el contexto clínico que domina un psicoanalista, hasta se pregunta “¿quién dio la bofetada al señor K.? ¿Dora?” (Masotta, 1988, p. 91). De estas últimas apreciaciones de Masotta sólo se podría concluir que el sujeto es considerado nuevamente como indiviso. Esto es, después de plantearsele como eventualmente consciente de todo su actuar, se pasó a suponerlo puro inconsciente, porque sólo de esa manera se pondría en duda quién le dio la bofetada al señor K.

Ahora bien, es evidente que la propuesta freudiana fue un duro cuestionamiento de la hegemonía de la consciencia. Pero, ¿la condenó a desaparecer del contexto teórico del psicoanálisis? ¿La prescribió de todo contexto? ¿La postuló como condenada a servir, digámoslo así, a los intereses del lado oscuro de la persona, mediante la enunciación de razones falsas cuando el individuo es interrogado en cuanto a su acción? ¿Es lícito aún pensar que a partir de la reflexión consciente pueden establecerse decisiones respecto a los rumbos a tomar en la vida? ¿El yo reflexiona, o simplemente racionaliza cada una de sus actuaciones? Si el yo, definido como el sistema percepción-consciencia, no estructura decisión alguna, no produce reflexiones valederas sobre algo, ¿cómo, entonces, en el sitio en el que se le exige la más alta eficacia reflexiva, la empresa teórica, podría validarse alguna doctrina formulada? Es decir, ¿de qué manera se podría aceptar una producción escrita como ésta, ya que sería posible argüir que pudo haber sido



redactada obedeciendo a oscuras compulsiones emocionales desconocidas por su autor? En este sentido, toda obra argumentativa –de la que no cabría eximir ni siquiera la producida por Sigmund Freud– bien podría equipararse a los textos elaborados por psicóticos. En síntesis ¿será acaso que hay alguna diferencia entre el llamado loco, cuando está en esos periodos de extrañamiento de la realidad, y los otros seres humanos que dicen saber distinguir lo que perciben y lo que hacen de lo meramente imaginado?

Podrían parecer extremos estos interrogantes, pero para el caso de la doctrina propuesta por Freud, si la consciencia fue radicalmente exiliada de su contexto de intervención y reflexión, ¿de qué otra manera puede plantear el psicoanálisis la responsabilidad sin ella? Es decir, ¿de qué modo podría sostener que un individuo es moralmente responsable por lo que hace si no goza aunque sea mínimamente de las posibilidades que promete ese aspecto esencial del cogito cartesiano? Sacar, pues, la consciencia de un ámbito cualquiera conducirá, no obstante las máximas precauciones que se adopten, a espinosas consecuencias como las de instalar la inimputabilidad en el centro de la praxis humana. Lo que se busca en este trabajo es identificar la postura de Freud sobre la responsabilidad moral del individuo con sus acciones, tomando en consideración el cuestionamiento que realizó a la consciencia.

## **La consciencia en la doctrina freudiana y su relación con el inconsciente**

Los enunciados freudianos muestran que la cuestión de la consciencia es compleja en el psicoanálisis. Es decir, la principal “ambigüedad del psicoanálisis (está dada) en el problema de dónde situar el fenómeno de lo consciente” (Mannoni, 1982, p. 60). Pero los fundamentos de este problema son fácilmente ubicables. Se hallan en la iniciativa freudiana de dismantelar la *petitio principii* de la psicología que proclama que todo lo psíquico es consciente. Iniciativa que Freud tomó tras establecer que los datos de la consciencia eran, a pesar de lo que se creía, altamente lagunosos. “En sanos y en enfermos aparecen a menudo actos psíquicos cuya explicación presupone otros actos de los que, empero, la consciencia no es testigo” (Freud, 1990n, p. 163).

Además, su intento por conservar la reflexión teórica dentro de los ámbitos propios de la psicología fue otra de las razones por las que propuso la ruptura de la homologación entre lo psíquico y lo consciente. “(Quien) sobrestima sin fundamentación visible el papel de la consciencia [...] nos compele a aban-

donar antes de tiempo el ámbito de la indagación psicológica sin ofrecernos resarcimiento en otros campos” (Freud, 1990n, p. 164). La comprobación de que la consciencia en sí misma, en detrimento u olvido de la actividad volitiva, no permitía explicar ni configurar las causas de la enfermedad psíquica, fue, por lo demás, otra de las grandes razones que condujeron al cuestionamiento de este fenómeno primordial de lo anímico. Y finalmente, las narraciones que hacían los pacientes de Freud de una serie de circunstancias en sus vidas que inducían a creer en un destino aciago e ineludible, controvertían radicalmente el supuesto de que las acciones realizadas por los individuos emanaban de una razón consciente de los propósitos y fines que pretendían alcanzar.

Dicho en forma más extensa, en sus pacientes Freud comprobó la existencia “de un destino que los perseguía, de un sesgo demoníaco en su vivenciar [...] Destino fatal [...] que desde el comienzo el psicoanálisis juzgó [...] era autoinducido y estaba determinado por influjos de la temprana infancia” (Freud, 1990ñ, p 21). Al respecto halló múltiples ejemplos:

Se conocen individuos en quienes toda relación lleva a idéntico desenlace: benefactores cuyos protegidos se muestran ingratos pasado cierto tiempo, y entonces parecen destinados a apurar la entera amargura de la ingratitud; hombres en quienes toda amistad termina con la traición del amigo; otros que en su vida repiten incontables veces el acto de elevar a una persona a la condición de eminente autoridad para sí mismos o aun para el público, y tras el lapso señalado la destronan para sustituirla por una nueva (Freud, 1990ñ, p. 22).

La explicación de esta problemática le pareció posible hallarla en la sorprendente similitud que guardaban estos fenómenos con los puestos en evidencia por la clínica: “La compulsión que así se exterioriza no es diferente de la compulsión de repetición de los neuróticos, a pesar de que tales personas nunca han presentado los signos de un conflicto neurótico tramitado mediante la formación de síntoma” (Freud, 1990ñ, p. 21). Compulsión de repetición fue la locución con la cual Freud describió el mecanismo característico de lo psíquico responsable de la tendencia del inconsciente a fijar un destino. “En vista de estas observaciones relativas a la conducta durante la transferencia y al destino fatal de los seres humanos, osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio del placer” (Freud, 1990ñ, p. 22). Esta noción atraviesa toda su obra antes de su enunciación formal. Primero surgió el concepto en relación con la imposibilidad de sus pacientes para desprenderse de vivencias adolecidas mucho tiempo atrás.

(Los) pacientes nos hacen la impresión de estar fijados a un determinado punto de su pasado; no se las arreglan para emanciparse de él, y por ende, están enajenados del presente y del futuro. Están metidos ahí, dentro de su enfermedad, como antaño era costumbre retirarse a un claustro para sobrellevar un aciago destino (Freud, 1990c, p. 250).

Esta lógica fue la que halló en las neurosis traumáticas, en las cuales se reiteraba insistentemente una experiencia muy dolorosa para el individuo. Freud también coligió la repetición como uno de los caracteres fundamentales de la pulsión, que procura conducir al organismo a estados anteriores.

No puede menos que imponérsenos la idea de que [...] un carácter universal de las pulsiones[...] y quizás de toda vida orgánica en general [...] sería entonces (el de) un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducir (el) estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas (Freud, 1990ñ, p. 153).

Hasta la identificación, “que es la causalidad psíquica misma” (Lacan, 1994, p. 178), según la expresión de Lacan, comporta igualmente una propensión a la repetición. “Toda identificación impone al yo, por benigna que sea, una tendencia a la repetición” (Galende, 1992, p. 153).

Sin embargo, fue en el contexto terapéutico, caracterizado por la emergencia de lo que Freud llamó transferencia, donde tuvo la necesidad de explorar con mayor profundidad las manifestaciones de este fenómeno.

Si (en la cura) la transferencia se vuelve hostil o hiperintensa, y por eso necesita de represión, el recordar deja sitio enseguida al actuar. Y a partir de este punto las resistencias comandan la secuencia de lo que se repetirá... Tenemos dicho que el analizado repite en vez de recordar, y repite bajo las condiciones de la resistencia; ahora estamos autorizados a preguntar: ¿qué repite o actúa en verdad? [...] Repite todo cuanto desde las fuentes de lo reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos de carácter y, además, durante el tratamiento repite todos sus síntomas (Freud, 1990t, p. 153).

En otros términos,

[...] podemos decir que el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción [...] Por ejemplo [...] no recuerda haberse quedado atascado presa de desconcierto y desamparo, en su investigación sexual infantil, pero presenta una acumulación de sueños confusos, se lamenta de que nada le sale bien y, proclama, es su destino no acabar nunca ninguna empresa (Freud, 1990t, p. 155).

A la postre, Freud estableció un nexo común entre todas estas modalidades de manifestación de lo “demoniaco en nosotros” (Freud, 1990 l, p. 91): hace parte de lo inconsciente. Así, pues, la compulsión a la repetición, que hace inteligible el carácter de lo trágico en la vida, se constituye en su obra en una de las leyes primordiales del trámite inconsciente. Y dicha ley implica que todo “lo extraviado de lo consciente” (Freud, 1990u, p. 105) pretenda preservarse en un tiempo presente absoluto. “Las mociones inconscientes no quieren ser recordadas, como la cura lo desea, sino que aspiran a reproducirse en consonancia con la atemporalidad y la capacidad de alucinación de lo inconsciente” (Freud, 1990u, p. 105). Esto es lo que lleva a Freud a afirmar que el rasgo de la temporalidad es el factor fundamental que permite diferenciar los fenómenos conscientes de los inconscientes. “El descuido del carácter temporal es sin duda esencial para el distingo entre la actividad en lo preconscious y en lo inconsciente” (Freud, 1990e, p. 86). Y es también lo que le hizo posible obtener alguna inteligencia sobre ese supuesto poder invisible, omnisciente y omnipotente que guía inevitablemente la vida y las acciones de los seres humanos.

Así, el individuo sometido a las determinaciones de lo inconsciente mostrará en su comportamiento que toma por verdadero y actual los enunciados que de ahí se han originado. “Al igual que en el sueño, el enfermo atribuye condición presente y realidad objetiva a los resultados del despertar de sus mociones inconscientes; quiere actuar sus pasiones sin atender a la situación objetiva” (Freud, 1990u, p. 105). La universalización de esta imagen discernida en el paciente neurótico – universalización facilitada gracias a otra de las destituciones promulgadas por el psicoanálisis, la de no haber “lugar para la normalidad, (ya que) todo el lugar está ocupado por los neuróticos, los perversos y los psicóticos” (Masotta, 1988, p. 50)– ha llevado a que a partir de esta doctrina se hayan apuntalado conclusiones como las que expresa Hospers: “Hablar de los seres humanos como si fueran ‘títeres’ (cuyas motivaciones son manipuladas desde lejos a través de alambres invisibles o por resortes internos) [...] no es una metáfora vana, sino la aceptación cabal de un hecho literal” (Hospers citado por Wallwork, 1994, p. 70). A modo de ejemplo,

una mujer de personalidad masoquista que se divorcia frecuentemente, “debe escoger” otro compañero inapropiado y abusador en lugar de un pretendiente amable y generoso. Sus aparentes “deliberaciones” no son otra cosa que “paja que se lleva el viento” y resultan irrelevantes para las elaboraciones deterministas de su inconsciente (Wallwork, 1994, p. 74).

Ahora bien, frente a la tendencia del individuo a repetir, frente a la imposición de ese orden del “eterno retorno” en la existencia de los hombres –orden que

en algunos individuos toma la forma de un implacable destino que se ensaña en su contra, y en otros se manifiesta como la exterior determinación de sus acciones y pensamientos— ¿qué postula Freud: la imposibilidad de sustraerse a la compulsión, o la necesidad de buscar los medios para que el individuo pueda gozar de la opción de elegir allí donde en la realidad obedece a una compulsión? Si lo planteado por el psicoanálisis no es la ineluctable determinación futura de la praxis humana, en contra de lo que han señalado muchos de sus críticos, es de suponer que uno de los objetivos principales de los dispositivos que despliega el psicoanálisis es hacer que la elección ocupe el lugar de la necesidad o la fatalidad, tomando en consideración que el concepto de compulsión de repetición fijaría las pautas para definir la noción misma de libertad: libres serían las acciones realizadas en ausencia de una compulsión de repetición.

Y existen innumerables razones para considerar que esta última conclusión es en gran medida fiel a los postulados de Freud. Al fin y al cabo, el hecho mismo de ofrecer un método de intervención terapéutica para las enfermedades psíquicas induce a creer que Freud estaba seguro de lograr disolver en algún grado la compulsión de repetición. Señas de tal convicción, para empezar, se pueden encontrar en lo que para Freud era el procedimiento fundamental por el que el terapeuta debía conducir el tratamiento:

Es fácil de justificar la táctica que el médico asegura [...] para él, el recordar a la manera antigua, el reproducir en un ámbito psíquico, sigue siendo la meta [...] Se dispone a librar una permanente lucha con el paciente a fin de retener en un ámbito psíquico todos los impulsos que él quería guiar hacia lo motor, y si consigue tramitar mediante el trabajo del recuerdo algo que el paciente preferiría descargar por medio de una acción, lo celebra como un triunfo de la cura (Freud, 1990t, p. 155).

Es decir,

el principal recurso para domeñar la compulsión de repetición del paciente, y transformarla en un motivo para el recordar, reside en el manejo de la transferencia. Volvemos esa compulsión inocua y, más aun [...] le abrimos la transferencia como la palestra donde tiene permitido desplegarse con una libertad casi total y donde se le ordena que escenifique para nosotros todo pulsionar patógeno que permanezca escondido en la vida anímica del analizado (Freud, 1990t, p. 156).

Resta por enfatizar el medio a través del cual logra domeñarla: “El vencimiento de la resistencia comienza, como se sabe, con el acto de ponerla en descubierto el médico, pues el analizado nunca lo discierne, y comunicársela a este” (Freud, 1990 t, p. 156). La operación de hacer consciente lo inconsciente fue para Freud el procedimiento que habría de seguirse para doblegar la poderosa resistencia.

Así, pues, en ese abismo de oscuridad al que parecía condenar al ser humano la compulsión de la repetición, el autor del psicoanálisis no dudó en designar aquello que sería la luz. “Al principio nos inclinamos a rebajar el valor del criterio de la consciencia, ya que tan poco seguro se ha demostrado. Pero hacemos mal [...] Sin las luces de la consciencia estaríamos perdidos en las tinieblas de la psicología abisal” (Freud, 1990o, p. 62). Al devenir inconsciente Freud opuso, entonces, “el hecho de la consciencia, hecho sin parangón, que desafía todo intento de explicarlo y describirlo” (Freud, 1990h, p.155), ya que para él era imposible “poder edificar una psicología que prescindiera de este hecho básico” (Freud, 1990h, p. 155).

Con tal convicción sobre este punto, reiterará la misma intelección de diversas maneras, en distintos textos.

Sólo puede sobrevenir una alteración si el proceso consciente del pensar avanza hasta ese lugar y vence ahí las resistencias de la repetición (Freud, 1990v, p. 143).

Para vencer el motivo ignorado se precisaría algo diverso del designio contrario consciente; haría falta un trabajo psíquico que hiciera consabido a la consciencia lo no consabido (Freud, 1990r, p. 232).

Lo asombroso es que el enfermo, su yo, nada sepa del íntegro encadenamiento entre esos motivos y sus consiguientes acciones. El modo de combatir el influjo de esas aspiraciones es obligar al yo a tomar noticia de ellas (Freud, 1990s, p. 208).

Por otro lado, Freud, sin dejar de desconocer los incesantes esfuerzos de los pacientes por mantener su estado de no saber, agrega a modo de enmienda:

La comunicación consciente de lo reprimido no deja de producir efectos en el enfermo. Claro que no exterioriza los efectos deseados –poner término a los síntomas–, sino que tendrá otras consecuencias. Primero aumentará las resistencias, pero luego, una vez vencidas estas [...] terminará por producirse el esperado influjo sobre el recuerdo inconsciente” (Freud, 1990s, p. 89).

Sobre lo que llama la atención el autor del psicoanálisis en este texto es que no ha de esperarse el cese inmediato de los síntomas por la mera expresión de los contenidos inconscientes. Es necesario, a su parecer, un periodo de trabajoso empeño para reelaborar el material desalojado de la consciencia. “Es preciso dar tiempo al enfermo para enfrascarse en la resistencia no consabida por él; para reelaborarla, vencerla, prosiguiendo el trabajo en desafío de ella y obedeciendo a la regla analítica fundamental” (Freud, 1990t, p. 157).

Freud sustenta su requerimiento de dar al paciente tiempo para que resigne sus resistencias, es decir, para que las reelabore, en el reconocimiento del factor dinámico subyacente en toda esta trama:

Difícilmente sea otro que este: tras cancelar la resistencia yoica, es preciso superar todavía el poder de la compulsión de repetición, la atracción de los arquetipos inconscientes sobre el proceso pulsional reprimido; y nada habría que objetar si se quisiese designar ese factor como resistencia de lo inconsciente (Freud, 1990I, p. 149).

Cabe destacar que la mayoría de las objeciones en contra de la teoría psicoanalítica parten, precisamente, de hacer del anterior factor el único elemento con poder causal en lo que concierne a la represión. Es decir, el fundamento para tildar de determinista la doctrina del psicoanálisis ha sido la creencia de que la causa de la represión es sólo la atracción que ejerce lo inconsciente sobre las representaciones relacionadas, una especie de magnetismo invencible por el cual los elementos primeros van ligándose automáticamente a los elementos subsiguientes, sin intervención alguna del individuo. Sin embargo, al plantearse la resistencia de lo inconsciente como un agente más de la trama de formación del síntoma, lo primero que hay que poner en duda es el automatismo de ese encadenamiento. Además de la resistencia de lo inconsciente, o “la del ello”, Freud hace notar las resistencias del yo, obviamente igualmente inconscientes, que se manifiestan de tres maneras: la resistencia de la represión, la resistencia de la transferencia y la ganancia de la enfermedad. A su vez, incluye una cuarta forma de resistencia, la del individuo, a la que considera “la más oscura pero no siempre la más débil” (Freud, 1990I, p. 150).

Las neurosis son dispositivos psíquicos elaborados con posterioridad (nachträglich). En lo esencial, este es el modelo causalista deducido por Freud de las afecciones nerviosas. Lo que significa que los efectos nocivos de la enfermedad no se manifiestan inmediatamente, sin dar tiempo a que intervenga, en alguna medida, la acción del individuo. Así, en el caso del “hombre de los lobos”, aseguró:

(el) niño a la tierna edad de 1½ años [...] (recogió) la percepción del (coitus a tergo de sus padres) y la conservó de manera fiel en su inconsciente... A los 4 años (elaboró) [...] con posterioridad {nachträglich}, hasta llegar a entenderlas, esas impresiones recibidas [...] las impresiones cuya comprensión con efecto retardado le fue posibilitada luego [...] (aconteció) por su desarrollo, su excitación sexual y su investigación sexual (Freud, 1990f, p. 37).

Si la dolencia anímica no tuviera como forma de causación aquello que Freud designó con el concepto de *nachträglich*, “con posterioridad”, los modos de resistencia yoica carecerían de todo poder de influencia o intervención en el proceso de la enfermedad, pues esta última pasaría a ser simplemente la reacción automática de un organismo frente a un estímulo bien determinado. Es decir, se impondría un mecanismo del tipo estímulo-respuesta, causa-efecto, en el cual el énfasis siempre estaría puesto en los hechos acontecidos, no en la forma como el individuo reaccionaría a lo vivenciado. Así, pues, el asunto no sería el de un individuo que se defiende contra la reaparición del pasado, sino la existencia de un pasado que lo ha instado a defenderse, y con ello la cura tendría el sentido de una operación destinada a lograr la mitigación de las consecuencias dañinas que produjeron los eventos traumáticos. *Nachträglich* conlleva, por el contrario, un efecto de individuo. Porque,

...decir que un síntoma reproduce simbólicamente un traumatismo arcaico implica que el pasado no invade totalmente al presente, sino que el presente se defiende contra su reaparición. El presente está siempre en dialéctica con su propio pasado; lo reprime en el inconsciente, divide sus significaciones ambiguas; proyecta sobre la actualidad del mundo real las fantasías de la vida anterior; transpone sus temas a niveles de expresión reconocidamente válidos (esta es la sublimación); en resumen, erige todo un conjunto de mecanismos de defensa que la cura psicoanalítica se encarga de contornear reactualizando las significaciones del pasado a través de la transferencia y la abreacción (Foucault, 1957, p. 10).

Dicho en otros términos, el modelo de causación, conceptualizado por Freud como “con posterioridad”, al indicar que lo posterior en el tiempo determina y confiere significación a lo acaecido en el pasado, y no al contrario, es lo que ha permitido romper con los fundamentos y postulados biologists o mecanicistas para la comprensión de psiquismo humano.

Para Freud el acontecimiento y su significación no coinciden necesariamente en el tiempo, y este desfase es elaborado mediante el concepto de *nachträglich*, de retroacción o *après-coup*. Si consideramos las etapas desde la perspectiva cronológica del acontecimiento, nos perderemos en la maraña de una psicología evolutiva psicoanalítica que responde bastante bien a los anhelos del Abraham embriólogo. Para ello precisamente hay que invertir la función del *après-coup* y transformarla en un *avant-coup* (Rabinovich, 1993, p. 62).

Entonces, ¿es posible la influencia sobre el inconsciente? Sin duda. “La cura psicoanalítica se edifica sobre la influencia del inconsciente desde la consciencia, y en todo caso muestra que, si bien ella es ardua, no es imposible” (Freud, 1990n, p. 191). Es decir, “la modificación del inconsciente por parte de la consciencia



es un proceso lento y cruzado de dificultades... (Sin embargo), los retoños del inconsciente que hacen de mediadores entre los dos sistemas nos facilitan el camino para este logro” (Freud, 1990 n, p. 191). Y esa mediación de los retoños del inconsciente, de aquello que retorna de lo reprimido, se da, según Freud, gracias a que los estados anímicos inconscientes pueden recibir las mismas rúbricas que las asignadas a los procesos conscientes.

Con un cierto rendimiento de trabajo pueden transponerse (los procesos inconscientes) en (procesos conscientes), ser sustituidos por estos; y admiten ser descritos con todas las categorías que aplicamos a los actos anímicos conscientes como representaciones, aspiraciones, decisiones, etc. Y aun de muchos de estos estados latentes tenemos que decir que no se distinguen de los conscientes sino precisamente porque les falta la consciencia (Freud, 1990n, p. 165).

Además, ¿de qué modo se puede llegar a conocer lo inconsciente? “Desde luego, lo conocemos sólo como consciente, después que ha experimentado una transposición o traducción a lo consciente” (Freud, 1990n, p. 165). Por eso, su fórmula central en el ejercicio del psicoanálisis es esta: “Mudar lo inconsciente en consciente” (Freud, 1990c, p. 256). Y es que

nuestro combate contra las resistencias en el análisis se basa en esa concepción de ellas. Hacemos consciente la resistencia toda vez que, como es tan frecuente que ocurra, ella misma es inconsciente a raíz de su nexa con lo reprimido; si ha devenido consciente, o después que lo ha hecho, le contraponemos argumentos lógicos y prometemos al yo ventajas y premios si abandona la resistencia (Freud, 1990l, p. 149).

De tal manera, frente a la duda si se puede combatir lo inconsciente mediante lo consciente, “el trabajo psicoanalítico nos brinda todos los días la experiencia que esa traducción es posible. Para ello se requiere que el analizado venza ciertas resistencias, las mismas que en su momento convirtieron a eso en reprimido por rechazo de lo consciente” (Freud, 1990n, p. 161). Con otras palabras, “fundado en las indicaciones que él nos hace, y por medio de nuestro arte interpretativo, llevamos el complejo inconsciente ante su consciencia con nuestras palabras” (Freud, 1990k, p. 18). Después de todo, la conclusión de Freud coincide con una milenaria doctrina:

La neurosis sería la consecuencia de una suerte de ignorancia, del no saber sobre unos procesos anímicos acerca de los que uno debería saber. Así nos acercamos mucho a conocidas doctrinas socráticas según las cuales los vicios mismos descansan en una ignorancia (Freud, 1990c, p. 256).

Lo que resulta crucial observar es, entonces, que si a lo que aspira la cura es al “wo es war soll ich werden”, “donde Ello era, Yo advendrá” (Freud, 1990o, p. 74), es decir, a “restablecer al yo, librarlo de sus limitaciones; devolverle su imperio sobre el ello, que perdió a consecuencia de sus tempranas represiones” (Freud, 1990 l, p. 191), la manera para auxiliar a ese yo convaleciente es sólo una:

Nuestro camino para fortalecer al yo debilitado parte de la ampliación de su contenido de sí mismo. Sabemos que esto no es todo, pero es el primer paso. La pérdida de ese saber importa para el yo menoscabos de poder y de influjo, es el más palpable indicio de que está constreñido y estorbado por los reclamos del ello y del superyó. De tal suerte, la primera pieza de nuestro auxilio es un trabajo intelectual y una exhortación al paciente para que colabore en él. Sabemos que esta primera actividad debe facilitarnos el camino hacia otra tarea más difícil (Freud, 1990h, p. 178).

Lo expuesto puede contribuir, pues, a validar una posición optimista con respecto al futuro del hombre, sin importar qué determinantes lo hayan marcado.

Su “donde Ello era, Yo advendrá”, por muchas vueltas retóricas que quiera darse a la significación de esta fórmula, constituye un llamado optimista a esa capacidad del sujeto de encauzar las aguas de su vida, y a la vez un llamado a abandonar la pretensión de seguir edificando diques con la ilusión, neurótica, de un dominio absoluto sobre ellas (Galende, 1992, p. 81).

## **La responsabilidad moral en un sujeto escindido**

De principio a fin la obra de Sigmund Freud promulga que existen innumerables hechos que desmienten el primado absoluto del Yo-consciencia en las actuaciones de las personas, hasta el punto de afirmar que es sólo es una desconcertante ilusión el reinado absoluto que ejerce este creer; ilusión que graficó con la siguiente analogía: “El yo juega ahí el risible papel del payaso de circo, quien con sus gestos quiere mover a los espectadores a convencerse de que todas las variaciones que van ocurriendo en la pista se producen por efecto exclusivo de su voluntad” (Freud, 1990d, p. 52). Aun cuando la cura se oriente con el precepto de mudar lo inconsciente en consciente, y a que el yo establezca dominios allí donde antes el ello imperaba, el yo nunca dejará de hacer el papel de payaso ni logrará que todo acontezca, en verdad, por efecto exclusivo de su voluntad. Empero, los postulados de Freud no suponen que la consciencia no exista o no tenga ninguna influencia en las acciones de las personas. Las declaraciones de Freud muestran igualmente la importancia y transcendencia de la consciencia en la vida anímica del individuo.

El principio que plantea el psicoanálisis es, después de todo, que toda reflexión o actuar está marcada por el carácter de lo escindido. Mejor dicho, todo saber significa a su vez un no saber, el inconsciente es ese no saber en el saber. Es lo no dicho en lo dicho. Así, “si en la práctica psicoanalítica nos surgiera un discurso [...] sospecharíamos unos motivos secretos tras la argumentación” (Freud, 1990i, p. 307). Acorde con esto, el inconsciente no es un mal a erradicar ni sería posible lograrlo. Desde los inicios de la doctrina, el inconsciente estuvo relacionado con la idea de salud psíquica del individuo, aunque después deviniera en la fuente última de sus desgracias y sufrimientos. Lo reprimido era un costoso intento para conferir mayor poder a ese yo endeble de la primera infancia; yo que a la postre se convertirá en el núcleo mismo de lo inconsciente. “Lo inconsciente es lo infantil; es aquella pieza de la persona que en aquel tiempo se separó de ella, no ha acompañado el ulterior desarrollo y por esto ha sido reprimida (suplantada)” (Freud, 1990a, p. 141).

De suerte que pretender que todo lo reprimido e inconsciente es susceptible de consciencia es aspirar a borrar la escisión que opera en la psique humana. Y el destino de tal empeño no puede ser sino al fracaso: “(del) desgarrar del yo (el hombre) nunca se cura, sino que se profundiza con el paso del tiempo” (Freud, 1990g, p. 52). En consecuencia, “que el ser del sujeto está hendido, esto Freud no hizo más que reiterarlo de todas las maneras” (Lacan, 1969, p. 9). “Él yo es entonces escindido, se escinde en el curso de sus funciones... esto no es ninguna novedad, acaso no es sino una desacostumbrada insistencia en cosas consabidas” (Freud, 1990o, p. 55).

En un sentido estricto, lo infantil, para Freud sinónimo de lo inconsciente, nunca desaparecerá del ser de las personas. El inconsciente también nombra un punto límite de inmodificabilidad del individuo, a partir del cual la intervención terapéutica resulta ineficaz para promover nuevos cambios. Es para Freud un punto determinado por un orden estructural en el cual se viene a instituir el individuo. Será siempre parte constitutiva de nosotros mismos, salvo que tras el análisis poseerá una nueva modalidad de significación. Al traumatismo,

- 
3. Este mismo punto de vista es señalado por Charles Taylor en su respuesta a Vincent Descombes, y en él plantea una consecuencia necesaria generada por el lenguaje. “Por erudito que sea (alguien), nunca logra dominar una lengua entera. Cada uno de nosotros nos comprendemos como empleadores de una lengua que no dominamos plenamente. Aun cuando empleamos ciertas palabras, señalamos más allá de nuestra propia comprensión de ella a un sentido propio que quizás sólo algunos especialistas realmente dominan. Nuestras intenciones implícitas de habla, si pudiéramos articularlas, tendrían que formularse en términos de una lengua que ninguna persona sola plenamente posee” (Taylor, 1994).

“perturbación de las significaciones afectivas... (en el que) las significaciones nuevas no superan y no integran las significaciones antiguas, (ocasionando) entonces (que) el individuo permanezca fijado a ese conflicto del pasado y del presente [...] de lo actual y lo inactual” (Foucault, 1957, p. 4), el destino que le augura Freud es que sea sometido a la principal propiedad característica del yo: la temporalización. O sea, la acción de la cura lleva a que los contenidos del inconsciente reprimido sean temporalizados como pasado y condenados al olvido, tal como Freud lo pudo verificar en el caso del pequeño Hans.

Hace unos pocos meses se me presentó un joven declamando ser el “pequeño Hans”, acerca de cuya neurosis de infancia yo había informado en 1909. Me alegró mucho volverlo a ver, pues lo había perdido de vista apenas dos años después de concluido su análisis, y llevaba más de diez años sin tener noticias sobre su destino [...] Una comunicación del pequeño Hans me resultó particularmente curiosa [...] Cuando leyó su historial clínico, todo se le antojó ajeno, no se reconoció, no pudo acordarse de nada [...] Así, el análisis no había preservado de la amnesia el episodio, sino que él mismo había caído bajo ella. Algo parecido le pasa muchas veces en el dormir al familiarizado con el psicoanálisis. Despierta de un sueño, se resuelve a analizarlo sin dilación, torna a dormirse, satisfecho con el resultado de su empeño, y a la mañana siguiente ha olvidado sueño y análisis (Freud, 1990b, p. 118).

Siendo, entonces, “el más duro reclamo del yo [...] sofrenar las exigencias pulsionales del ello” (Freud, 1990h, p. 173), lo que va a significar dicha tarea en la cura psicoanalítica es la movilización al Yo

para que venza sus resistencias [...] ya sea que el Yo acepte tras nuevo examen una exigencia pulsional hasta entonces rechazada, o que vuelva a desestimarla, esta vez de manera definitiva, en cualquiera de ambos casos queda eliminado un peligro duradero, ampliada la extensión del Yo y en lo sucesivo se torna innecesario un costoso gasto (Freud, 1990h, p. 179).

No existe la posibilidad de un dominio absoluto sobre las aguas que corren en la vida de cada cual, a raíz de la inhabilidad del yo para ser el amo en su propia casa.

La mira del análisis siempre ha sido, entonces, el Spaltung del sujeto y con ello no se esta promulgando el predominio de una de las dos formas de expresión psíquica. “(Freud) gave us a vocabulary that lets us describe all the various parts of the soul, conscious and unconscious alike, in homogenous terms: as equally plausible candidates for ‘the true self’” (Rorty, 1991, p. 152). Eso es lo que podría explicar el esfuerzo intelectual de Jacques Lacan por situar los conceptos freudianos más allá de la estructura espacial en la que el fundador del psicoanálisis los colocó. Una de sus propuestas fue representar la consciencia y el inconsciente como un nudo

borromeo, cuyos límites se diluyen en una misma línea. Según la representación de Lacan, no había correspondencia entre interior y exterior e inconsciente y consciencia, pues no había trazos claros que permitieran establecer dónde iniciaba uno y dónde terminaba el otro, ni tampoco resultaba esencial establecerlo puesto que lo fundamental era la escisión. Su sujeto era el sujeto escindido. Por tanto, restringir al psicoanálisis el sujeto del inconsciente en contraposición exacta al sujeto de la consciencia de la psicología o de las ciencias jurídicas sería suponer, en contra de la representación de nudo borromeo ideada por Lacan, que hay contornos precisos que facultan distinguir un ámbito del otro. “La consciencia y el inconsciente no son tanto dos mundos yuxtapuestos; son más bien dos modalidades de una misma significación” (Foucault, 1957, p. 10).

Todo lo expuesto significa, entonces, que los síntomas son el producto de un compromiso entre procesos anímicos inconscientes y procesos conscientes.

Todas nuestras instituciones sociales están cortadas a la medida de personas con un yo normal, unitario, que uno puede clasificar como bueno o malo, y que desempeña su función o puede ser revocado mediante un influjo potente. De ahí la alternativa judicial: responsable o irresponsable... (Sin embargo) debe admitirse que es difícil adecuar los requerimientos sociales (al) estado psicológico (del neurótico). Se lo ha podido experimentar en gran escala durante la última guerra. Los neuróticos que se sustraían del servicio, ¿eran o no simuladores? Las dos cosas. Cuando se los trataba como simuladores y se les hacía muy incómoda su condición de enfermos, sanaban; cuando se enviaba al servicio a los presuntamente restablecidos, pronto volvían a refugiarse en la enfermedad. No se atinaba a nada con ellos (Freud, 1990s, p. 207).

Tal como Freud lo indicó con respecto a la cuestión de la reflexión teórica, la simple elucidación de los posibles conflictos psíquicos de un autor no basta para refutar sus tesis, pues estas, salvo en el peor de los casos, guardan una lógica argumentativa propia.

El psicoanálisis reclama para los procesos afectivos el primado dentro de la vida anímica, y [ha hecho] la demostración de que en el hombre normal, como en el enfermo, existe una medida insospechada de perturbación afectiva y de enceguecimiento del intelecto... (Por ejemplo), el psicoanálisis puede pesquisar la motivación subjetiva e individual de doctrinas filosóficas pretendidamente surgidas de un trabajo imparcial, y hasta indicar a la crítica los puntos débiles del sistema. Ocuparse de esta crítica como tal no es asunto del psicoanálisis, puesto que, como bien se comprende, el determinismo psicológico de una doctrina no excluye su corrección científica (Freud, 1990j, p. 182).

Agregó que las críticas a las teorías basadas en presuntas psicopatologías o motivos inconscientes de su autor difícilmente podían prosperar, puesto que igualmente dichos argumentos podrían con toda propiedad esgrimirse contra quienes critican. “El análisis no se presta a un uso polémico o quien emprenda un análisis con propósito polémico tiene que disponerse a que el analizado a su turno se vuelva contra él, y así la discusión caería en un estado en que no habría posibilidad alguna de producir convencimiento a un tercero imparcial” (Freud, 1990d, p. 48).

La consciencia no ha sido condenada al exilio en el psicoanálisis. Por ello, al poseer algún grado de validez las reflexiones de la consciencia, el individuo resulta ser responsable de su actuar. Obviamente ella hace presencia en la acción humana para orientar sus fines y sopesar los medios. Complejos comportamientos nunca se podrían ejecutar si no supiera el individuo lo que está haciendo. Sólo que para Freud no es la consciencia la que define primordialmente la responsabilidad del individuo en su acción. Curiosamente, no se trata de una responsabilidad que se da a pesar de que el sujeto es un sujeto escindido, sino que se da precisamente por no ser un mítico individuo unitario. Hay responsabilidad precisamente porque el sujeto está escindido.

En primer lugar, la escisión que divide al yo es la que permite que “el yo pueda tomarse a sí mismo como objeto, tratarse como a los otros objetos, observarse, criticarse, y Dios sabe cuántas otras cosas...” (Freud, 1990d, p. 55). Digámoslo en las palabras de Wittgenstein: si el yo se constituyera como pura consciencia, ¿dónde se ha de encontrar un sujeto metafísico en el mundo? Para Wittgenstein, el yo psicológico, ese yo que es un objeto más para la consciencia, es un objeto que no aparece en el mundo de la experiencia; Aunque es “la fuente de esa experiencia [...] no está más localizado allí que el ojo en el campo visual [...] tú no ves el ojo y nada hay en el campo visual que te permita inferir que ello es visto por un ojo” (Wittgenstein, 2008, p. 88). El yo visualizador está en ese punto en el que nada se visualiza. Así pues, el fenómeno de la consciencia basa su existencia en la presencia misma de fenómenos puramente inconscientes, que son a su vez los que hacen comprensibles transcendentales interrogantes éticos como ¿quién soy?, ¿por qué hago lo que hago?, ¿qué quiero para mi vida? y demás, al estar gran parte de los móviles que incitan el comportamiento humano en la más profunda oscuridad. El inconsciente, componente ontológico de lo humano que muestra la imposibilidad del hombre de ser transparente a sí mismo, funda la consciencia, y viceversa.

En segundo lugar, sin el componente del inconsciente la acción humana quedaría reducida a un cómputo de la razón, resultante de un ser instrumental que

adopta lo que la lógica racional establecería como lo más conveniente. No es “Soy consciente de lo que hago” lo que define la responsabilidad del individuo en su acción; es el compromiso que adopta con su ser, es el “Esto es lo que quiero hacer” lo que lo hace responsable ante los otros.

El análisis entraña un compromiso con lo ético al velar en todos los casos “por la autonomía última del enfermo” (Freud, 1990u, p. 118). Ese compromiso con lo ético Freud lo estableció al acogerse a una nueva forma del “paradigm of self-knowledge” en el que, tal como lo señala Rorty, no es la búsqueda de los elementos comunes de los seres humanos por los que él abogó: “He broke some of the last chains that bind us to the greek idea that we, or the world, have a nature that, once discovered, will tell us what we should do with (Rorty, 1991, p. 148). Todo lo contrario. La doctrina psicoanalítica ante todo subraya los elementos más propios de cada persona; a saber, aquello que nos diferencia de los otros, no lo que nos iguala.

On Freud`s accounts of self knowledge, what we are morally obligated to know about ourselves is not our essence, not a common human nature that is somehow the source and locus of moral responsibility. Far from being of what we share with the other members of our species, self-knowledge is precisely of what divides us from them: our accidental idiosyncrasies the “irrational components in ourselves, the ones that split us up into incommensurable, sets of beliefs and desires (Rorty, 1991, p. 148)

Las consecuencias de la adopción de ese paradigma solo podían conducir a estas puntualizaciones:

...desde luego uno debe considerarse responsable por sus mociones...si...no (son) el envío de un espíritu extraño, (son) una parte de mi ser; si, de acuerdo con criterios sociales, quiero clasificar como buenas o malas las aspiraciones que encuentro en mí, debo asumir la responsabilidad por ambas clases, y si para defenderme digo que lo desconocido, inconsciente, reprimido que hay en mí no es mi “Yo”, no me

4. “Paradigma del autoconocimiento”.
5. “Él quebró algunas de las últimas cadenas que nos atan a la idea griega de que nosotros o el mundo tiene una naturaleza tal que una vez descubierta nos dirá que es lo que debemos hacer con nosotros mismos” (Traducción del autor).
6. De acuerdo con el paradigma del autoconocimiento de Freud, lo que nosotros estamos moralmente obligados a saber sobre nosotros mismos no es nuestra esencia, ni una naturaleza humana común que de alguna manera es la fuente del locus de la responsabilidad moral [...] Lejos de ser lo que es común con los otros miembros de nuestra especie, el autoconocimiento es precisamente lo que nos separa a nosotros de los demás: nuestros accidentes idiosincráticos, los componentes irracionales en nosotros mismos, que hace de nosotros un conjunto incoherente de deseos y creencias”. (traducción del autor).

sitúo en el terreno del psicoanálisis, no he aceptado sus conclusiones, y acaso la crítica de mis prójimos, las perturbaciones de mis acciones y las confusiones de mis sentimientos me enseñen algo mejor (Freud, 1990m, p. 135).

Y al respecto, cuál es la máxima conclusión del psicoanálisis si no esta, emitida a propósito de la legendaria tragedia de Sófocles Edipo rey: “En vano te resistes contra tu responsabilidad y en vano invocas todo lo que has hecho para reprimir estas intenciones criminales. Tu falta no se borra con ello, pues tales impulsos perduran aún en tu inconsciente, sin que hayas podido destruirlos” (Freud, 1990w, p. 348). Semejante sentencia tiene de fundamento la consabida frase del *wo es war, soll icht werden*, puesto que sólo a partir de esto se hace comprensible la convicción freudiana de que es el individuo responsable de su hacer: era yo quien lo hizo; estoy allí comprometido en mi ser al haberlo hecho. Aquí la responsabilidad es más que identificación de la causa del acto: es compromiso del individuo con la acción.

## **A modo de conclusión**

El análisis es una operación ética en la que se pretende que el individuo obre por sí mismo en busca de su bien. La paradoja de esta operación consiste en que buscar ser mejor es buscar la manera de aceptarse como se es. En última instancia, nuevamente es el decir de los antiguos el que probó en la doctrina psicoanalítica su enorme sabiduría: “Llega a ser tal como eres” (Lacan, 1969, p. 168). De modo que siendo esta la perspectiva que Freud adoptó con respecto a las afecciones nerviosas, al aspirar al final de cuentas a que el individuo, mediante el auxilio de la psicoterapia, asuma otra postura con lo “infantil”, y al señalar, igualmente, que el individuo se muestra más ignorante del estado de las cosas cuanto más comprometido está con ellas, con toda lógica es posible concluir que lo que él pretendió fue contribuir a la lucha del hombre contra ese mismo determinismo que precisamente le habían endilgado. Y su magna contribución consistió quizás en haber descubierto la única manera como el ser humano puede llegar a ser libre: ser con lo que se es. Porque si lo que pretende el neurótico es ser con lo que no se es, Freud le objeta lo siguiente: “Está por verse si llegará en la vida a algo más que a la hipocresía o a la inhibición quien, no satisfecho con ello, pretenda ser ‘mejor’ de lo que ha sido creado” (Freud, 1990m, p. 136). En síntesis, el decisivo aporte de Freud al conocimiento del ser humano es haber redescubierto o reactualizado un precepto ético que desde los griegos se había postulado: la única manera que tiene el ser humano de ser libre, de estar más allá de todo determinante exterior, es, paradójicamente, siendo fiel a sí mismo.



El rescate del hombre en su particularidad individual, en su idiosincrasia, es al final de cuentas lo que el autor del psicoanálisis pregona.

## **Bibliografía**

- DAVIDSON, Donald. (1982). "Paradoxes of irrationality", en: Philosophical essays on Freud. Cambridge University, Gran Bretaña. Editorial B. Wolheim and J. Hopkins. Cambridge University Press.
- FREUD, Sigmund (1990). Obras completas. Argentina. Amorrourtu editores.
- \_\_\_\_\_, (1990a). A propósito de un caso de neurosis obsesiva.
- \_\_\_\_\_, (1990b). Análisis de la fobia de un niño de cinco años.
- \_\_\_\_\_, (1990c). Conferencias de introducción al psicoanálisis. Conferencia 18.
- \_\_\_\_\_, (1990d). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico.
- \_\_\_\_\_, (1990e). Correspondencia a Fliess. Manuscrito M.
- \_\_\_\_\_, (1990f). De la historia de una neurosis infantil.
- \_\_\_\_\_, (1990g). Escisión del yo en el proceso de defensa.
- \_\_\_\_\_, (1990h). Esquema del psicoanálisis.
- \_\_\_\_\_, (1990i). El motivo de la elección del cofre.
- \_\_\_\_\_, (1990j). El interés del psicoanálisis.
- \_\_\_\_\_, (1990k). Fragmento de análisis de un caso de histeria.
- \_\_\_\_\_, (1990l). Inhibición, síntoma y angustia.
- \_\_\_\_\_, (1990m). La responsabilidad moral por el contenido de los sueños.
- \_\_\_\_\_, (1990n). Lo inconsciente.
- \_\_\_\_\_, (1990ñ). Más allá del principio de Placer.
- \_\_\_\_\_, (1990o). Nuevas lecciones introductorias. Conferencia 31.
- \_\_\_\_\_, (1990q). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis.
- \_\_\_\_\_, (1990r). Psicopatología de la vida cotidiana.

- \_\_\_\_\_, (1990s). ¿Pueden los legos ejercer el análisis?
- \_\_\_\_\_, (1990t). Recordar, repetir, reelaborar.
- \_\_\_\_\_, (1990u). Sobre la dinámica de la transferencia.
- \_\_\_\_\_, (1990v). Sobre la iniciación del tratamiento.
- \_\_\_\_\_, (1990w). Introducción al psicoanálisis.
- FOUCAULT, Michel. (1957). "La psicología de 1850 a 1950". Trad. Anthony. Sampson. En: Dits et écrits, Vol 1, París, Gallimard, Texto de circulación universitaria.
- GALENDE, Emiliano. (1992). Historia y Repetición. Temporalidad subjetiva y actual modernidad. Buenos Aires. Paidós.
- MASOTTA, Oscar. (1988). Lecciones de introducción al psicoanálisis. Gedisa editorial. Buenos Aires.
- MANNONI, Maud. (1982). De un imposible al otro. Barcelona, Ediciones Paidós.
- LACAN, Jacques. (1994). "Acerca de la causalidad psíquica". Escritos I. Siglo XXI Editores. Argentina.
- LACAN, Jacques. (1969) "El Acto psicoanalítico", Ornicar? N° 29.
- RABINOVICH, Diana. (1993). El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica. Argentina Editorial Manantial.
- RORTY, Richard. (1991). "Freud and moral reflection". Essays on Heidegger and others. Cambridge University Press.
- TAYLOR, Charles. (1994). Philosophy in an age of pluralism. Cambridge University press.
- WALLWORK, Ernest. (1994). El psicoanálisis y la ética. México, Fondo de Cultura Económica.
- WITTGENSTEIN, Ludwing. (2008). Tractatus logico philosophicus. Santiago de Chile. Edición Electrónica de [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl) /Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.